

CUENTOS SOMBRÍOS

X O C H I M I L C O

Por *Alfredo Huertas.*

Escritor español. Catedrático de la Facultad de Humanidades de la Universidad de El Salvador. Autor de innumerables ensayos filológicos. Ha publicado "Ortografía Práctica". Tiene inédito un libro de cuentos y narraciones.

I

Se había enamorado en Xochimilco. . .

Una de esas tardes apacibles que disfrazan de otoño a la primavera, en las que el viento, filtrándose a través de las tupidas murallas de los esbeltos "ahuejotles", riza de espuma tenue las dos laderas de los canalillos que lamen las chinampas, apresurando la marcha de las "trajineras" u obstaculizando la de las que van contra corriente, cargadas de flores hasta el borde.

Una de esas tardes en que las gentes ocupan las canoas para divertirse ruidosamente con una ilusión de almuezo fluvial o lacustre, mientras escuchan las tonadillas de moda que los "marichis" hacen sollozar a la madera de sus marimbas o a las cuerdas de sus guitarrones.

Una de esas tardes en que cuajaron de nubes de fingido algodón ocultan el azul pálido de la bóveda celeste y, en intervalos, dificultan la suave caicia del rayo solar.

Una de esas tardes saturadas de placidez melancólica, en las cuales los fantasmas del tiempo pretérito escarban punzantemente los corazones, sin dañar, como arullo cosquilleante de alas inquietas, un poco agresivas, sin embargo.

Una de esas tardes, en resumen, que parecen plenas de rememoranza y de comezón, ambientadas en gasa y seda, tan frecuentes en la bella Xochimilco.

Y, allí, en una de esas tardes de domingo, lánguidas y sentimentales, se había enamorado, con todas las de la ley, el profesor de Filosofía, Hermilo Andrade.

Su sorpresa no tenía límites. ¿Era posible? ¿Podía suceder “eso” aún?... Imagínense algo agonizante que revive por un milagro insólito: la flor mustia, marchita, de la que sólo perviven unos agotados pétalos, renace espléndida, vivaz, coloreada y olorosa, mientras reverdece su tallo seco... Entre cenizas de sentimientos dolorosos, su corazón podía palpitar, de nuevo, con acelerio... ¡Un milagro, sí; decididamente un milagro...!

Durante meses y meses, Heimilo había vivido como un autómatas; desde el desastre que aniquilara sus ilusiones y sus esperanzas flotaba en la vida como un corcho en el agua estancada de la costumbre, inrumbe, traqueteado, sin meta ni derrotero... Cuando sucedió aquella cosa tremenda que pesaba como losa de plomo, creyó firmemente que todo terminaba ya y que, nunca, nunca, la paz del olvido llegaría hasta él para apagar de sus labios la amargura perenne de la angustia.

Y he aquí que, ahora, de repente...

No; no lo esperaba, en verdad, al comenzar aquella tarde, en tanto que la barcaza que lo conducía, atestada de público vociferador y guiada por un indio que la manejaba como si efectuara una maniobra ritual, iba surcando las aguas plomizas del arroyo más amplio. La marcha lenta, para sortear los múltiples escollos de barquichuelos y “trajineras” que avanzaban en sentido contrario, movidas a remo y pértiga, le dejaban margen suficiente para hundirse en el recuerdo, aislándose de todo en el ambiente embrujado de “saudades”, de brumas y de aromas... Leía los nombres formados con flores de abigarrados matices que presidían en el frontis de las alevés embarcaciones y que evocaban en su mente rastros de pasados días: “Lupita”, “Celia”, “Esperanza”, “Lola”, “Beta”; otras más presuntuosas se titulaban nada menos que “El Amor” o “La Dicha”, y algunas más prácticas, turísticas o extranjerizadas, con un acogedor “Wellcome”... En el interior de estas frágiles naves, familias enteras o alegres “pandillas” de amigos se sostenían sobre banquetas inverosímilmente equilibradas alrededor de mesucas casi inestables, sobre las que yacían botellas “de cuerpo presente” o restos de viandas en desdeñado montón...

Las melodías entonadas por clarines y guitarras acompañaban a las voces de los cantores, de quienes se oían frases entrecortadas: “...a esa mujer, yo la quiero como quieren esos hombres que son puro corazón; “...la vida quiso que, por fin, nos separáramos los dos”; “...volverás a buscarme, sé muy bien que vendrás”, y mil y mil

variaciones sobre el mismo eterno tema. . . En los islotes y chinampas los “jacales” parecían dormidos o deshabitados, con sus corralizas desiertas y los esquifes acostados sobre la ribera con la quilla al sol, en reposo dominguero, y las flores múltiples, infinitas, alegraban la vista con el encanto de sus colores rudos y punzantes.

Xochimilco parecía entregada a su siesta secular. Sin embargo, habían pasado muchos años desde que María Candelaria fuera lapidada por la hostil maledicencia; tiempos en que se veía a la capital como a una ciudad de otro planeta. Hoy, la indita desdichada hubiera venido a México en uno de esos desesperantes “tienes” o en cualquiera de los vetustos camiones a vender sus flores en Hidalgo o en el Zócalo sin dársele, en absoluto, un ardite del insensato “qué dián”, y a los nativos de lo que ahora es como una prolongación de la urbe tampoco les hubiera preocupado ni poco ni mucho la murmuración alevosa sobre las conductas ajenas, por encontrarse ya de lleno dentro del marco de la época civilizada y progresiva. . . Xochimilco dormitaba, es cierto; pero lo hacía para rendir culto al reposo, desentando del pueblo, que abandonaba a los visitantes capitalinos para invadir, en desquite, los múltiples “cines” del avispero urbano.

Detúvose la canoa en uno de los amarraderos próximos al llamado “lago”, sobre el que se sostienen los restaurantes y los merenderos de Nativitas. Hermilo deambuló con el gentío que discurría por las veredas abiertas entre instalaciones de puestos y barracas de bebidas, “antojitos”, tamales, “tacos” y otros atractivos gastronómicos. El turismo tenía allí su lugar adecuado, con la oferta de todo cuanto la industria regional produce, desde el modesto jorongo campero hasta el suntuoso y emborlado sarape de Saltillo; trabajos michoacanos en madera tallada; joyas de plata tabasqueña; polveras, utensilios domésticos, artículos de ornato casero; alfarería de Oaxaca; “barros” jaliscienses, de Guadalajara, de Ameca, de Tlaquepaque. Y, por el centro, desafiando los numerosos “carros”, desfilaban los vendedores de elotes, de chicles, de ramilletes; así como los remeros que, incansables, atosigaban a los transeúntes con su canturreo: “¿Necesita canoa, señor?”; “¿Una lancha, señorita, para el paseo?”.

La polvareda densa, el humo de los comales y el hedor de las cenagosas aguas del “lago” hubieran hecho insoportable la permanencia en el lugar, de no ser porque el exquisito aroma de las flores se superponía a todo cuanto pudiese significar desagrado. Un poco más lejos, extensas praderas tendían su herbaje crecido como en invitación de un bien ganado descanso. . . Las orquestas de los centros recreativos

cambiaban sus notas en inarmónica algarabía. Uno de los restaurantes llevaba el nombre de la heroína popular inmortalizada por la pantalla; otro se engalanaba con un ilustre título azteca, pero hoy mercantilizado por cuanto representa a cierta marca de cerveza; otros tenían denominaciones atrayentes: "Los Manantiales", amplio y encristalado; "Las Flores", abierto a todos los vientos y adornado con motivos que justificaban su nombre. . . En los círculos que mesas y banquetes dejaban libres, multitud de parejas se entregaban al frenesí de la danza, sin espacio siquiera para moverse, tal era el gentío que los atestaba .

Por doquiera se veían flores en la extensión infinita de ese gigantesco vergel que es Xochimilco. Flores de variadísimas formas, de coloridos incontables, de múltiples matices; flores de pétalos albares, nupciales, ampulosos como azucenas, rojos cual los reventones claveles de Andalucía, la moruna y sensual, o de tonos suavizados como los de las rosas valencianas, fragantes y bellísimas; amarillos, con cálidos subrayados de oro viejo, y azules intensos o diluidos, desde el turquí violento al blanquecino de terciopelo, semejante al de las violetas y lilas de los bosques castellanos; colores deslumbrantes, penetradores como el destellar de los ojos de brava mujer enclada o pálidos, atenuados, como la melancolía o el reposo de los sentidos. Miríadas de pensamientos con empolvados petalillos granates o rojinegros, púrpuras y bermejos, de corola teñida con gotas ficticias de sangre cuajada entre leche de rocío mañanero. Oigía exorbitante de flores en uno y otro lados, aquí cerca y allá lejos, en ambas riberas del canal, en las humildes lanchitas, en el césped de las chinampas, en la techumbre de los jacales, en los macizos de las isletas y hasta entollándose como sierpes alrededor de los troncos erguidos de los árboles; cuajadas de flores las aguas pantanosas de los arroyuelos, los arcos de las trajineas atestadas de turistas, los cabellos de las mujeres tanto indígenas como visitantes, las solapas de los trajes masculinos, cual en un paradisíaco vivero, exclusivamente floral.

Heimilo penetró en el restaurante y, abriéndose paso a duras penas entre la balumba de danzantes, logró acomodarse junto a una de las mesas que, milagrosamente, aún permanecían desocupadas. La orquesta discordaba con magno desafuero una "conga", especie de danza importada de la isla de Cuba, que aporta nostalgia de voluptuosas mulatas descaderándose en el vaho de los deseos despieritos por el quemante sol de las maniguas tropicales y que tiene la dulzona saporosa de la guanábana o del mango "mulgoba". . . A sus compases, las parejas se distorsionaban en jovial movilidad burlesca. . . Heimilo

se dejaba entristecer por la música, a la que amaba ardientemente, y mientras degustaba la espumosa cerveza que el “mesero” acababa de servirle, su mirada erraba, buscando acá o allá “algo” desconocido, ignorado, presentido... Y, de pronto, “la” vio...

Estaba en una mesa cercana, solitaria como él, con el mirar nómada como él, ajena a todo como él... Pero sus labios sonreían... ¿A quién? Por un momento, dos pares de ojos se aquietaron en una misma trayectoria; y la sonrisa de la desconocida que respondía a un pensamiento interior encendió una luz en las tinieblas del hombre aislado. Las miradas, más que las palabras o los gestos, emprendieron el diálogo:

¿Sola?

—Sola...

¡Qué raro!

—Pues, así es...

—Si usted me permitiera...

—Como usted guste...

Y el profesor de Filosofía tomó asiento junto a la mujer extrañamente solitaria.

Hubo, primero, el saludo banal; luego, una presentación cortés y, por último, un silencio lleno de presagios... Después:

—¿Y cómo tan sola?

Ella lo consideró un momento con fijeza; comprendió que la vulgaridad de la pregunta no encerraba sino un pretexto para romper aquel silencio que ponía hielo entre ambos, y con su sonrisa un poco evasiva le respondió:

—Ya lo ve... sola, como usted.

Y, tras una pausa:

—Pero usted quizá espera a alguien...

—No; yo vengo a olvidar...

—Yo vengo a recordar...

Esta vez el silencio no era ya frío; al contrario estaba hecho de calor y de intimidad; era lo que un poeta cursilón llamaría una “comunidad de almas”. La orquesta se abría ahora en una canción brava de los Altos de Jalisco, que pretendía modernizar los clásicos y evocar los jarabes tapatíos sin hacerles perder su carácter de sana vitalidad y jocunda alegría de vivir.

—Olvidar y recordar pueden tener algún punto de coincidencia... ¿no es cierto?

—Demasiado sutil es tal pensamiento para mí...; aunque creo entender a usted: la forma es distinta, el fondo es el mismo...

—Por el contrario, señorita... La forma es igual. Usted y yo hemos coincidido en el modo, en la manera de conseguir algo radicalmente opuesto: por ello estamos aquí...; en cambio, el fondo que yo deseo borrar cueste lo que cueste, usted quiere eternizarlo, hacerlo perenne, constante... ¿No es así?

—Sí; sobre poco más o menos; ahora creo que entiendo... Pero ¿quién de los dos tendrá razón?

—Yo, desde luego, y perdone la franqueza...

Luego, con una brusca transición:

—¿Si bailáramos...?

—Luego luego...

Y, enlazándose, fueron a incorporarse a la barahunda, para perderse en el caos de los infatigables bailarines que giraban en la vastedad del salón...

II

Entre baile y descanso, vasos de cerveza o de gaseosa y ramos de claveles, se contaron a grandes rasgos sus respectivos tormentos... Hermilo y Dulcenombre —así le dijo ella que se llamaba— regresaron a México convertidos ya en una pareja de buenos amigos. Es sabido cómo las desdichas gemelas aproximan a los que las padecen, sobre todo cuando se trata de penas amorosas. Mientras el tranvía cortaba las sombras de la noche, atravesando Tepepán y Huipulco, Chuhubusco y Portales, a lo largo de la calzada de Tlalpan, sus confidencias fueron cruzándose como espadas en amistoso duelo de aficionados. Ella se hallaba plenamente satisfecha de tener un oyente comprensivo, ante el cual pudiera volcar sus angustias que la asfixiaban por falta de una válvula de escape. El sabía escuchar como sabía narrar y le agradaba, asimismo, observar que su naciente interés por la desconocida crecía a cada revolución de las ruedas del desvencijado "tren". Así, pues, cuando se despidieron en el zaguán del domicilio de la joven, en una calle oscura y reposada de los alrededores del Zócalo, ambos eran, decididamente, un par de buenos camaradas.

Hermilo comprobó en seguida que su nueva amistad ocupaba tanto sus pensamientos, a medida que las horas pasaban, que aquellos otros dolorosos que con tal encono lo atosigaban desde hacía meses, como una obsesión insoportable, ya no aparecían sino a intervalos en rápidas proyecciones de sombra que velaban los raudales de luz en que ahora se bañaba su alma... Y los días fueron sucediéndose... El renacimiento del cuitado era un hecho; no cabía duda alguna. Ahora, Dulcenombre estaba toda dentro de él, como antes lo estuvo aquélla, "la otra"... Comenzó otra vez a tomarle el gusto a la vida, a sonreír cuando se encontraba a solas, a embriagarse de ilusiones, a mecerse en sueños gratos. Las etapas podía seguirlas claramente: iba a olvidar; olvidaba; había olvidado... Todo esto en tan poco tiempo que parecía milagroso. Su misión, de aquí en adelante, era hacer que ella olvidase también; conseguir que abandonara la tortura del recuerdo. Y a ello iba a aplicarse con todo su afán... Lo mismo que él estaba olvidando, mejor dicho que había olvidado ya, del todo, era necesario que ella olvidase también...

Era difícil. Las gentes tienen dos formas de sufrir; una de ellas, la que él había experimentado, consistía en odiar la fuente del dolor, tentado por todos los medios liberarse de la destrucción; es muy difícil conseguirlo, pero a veces se logra. Hermilo mismo era el paradigma. Otras veces es indispensable el dolor, tanto que se le ama, con todas las fuerzas de la imaginación y, entonces, es absolutamente imposible subsistir sin la amarga comezón que punza y hiere, que constituye hábito como el de una droga tóxica y nadie puede evadirse de su atormentada fuerza pasional. Y se vive una vida distinta, íntima, al margen, desconocida de todos, cultivando escrupulosamente ese "jardín secreto" cuyas flores emponzoñan y acaban por matar, a la larga... De esta manera vivía Dulcenombre.

Su historia no había podido ser más vulgar: víctima de un abandono, después de un engaño y de vivir unos meses de exaltación que, no obstante, fueron suficientes para llenar su corazón amante. Choques de la vehemencia con la superficialidad que producen necesariamente un desengaño atroz... Quedó sola con sus recuerdos, pocos, pero que le bastaban para hacerle revivir en lágrimas todo aquel pasado breve y luminoso... Y, realmente, no anhelaba el olvido. ¿Qué sería de ella sin el caudal de agonías que iban sosteniendo su inquietud emocional?

Se veían con frecuencia, casi todos los días. Como ambos eran libres a nadie tenían que dar cuenta de sus entrevistas... Al caer la

tarde recalaban en un café céntrico y allá pasaban unas horas gatísimas. Los domingos, especialmente, desde las primeras horas de la mañana, se dedicaban el uno al otro... A veces quedábanse en la capital, paseaban por Chapultepec, comían en un restaurante afamado y concurrían, durante la tarde, a cualquier espectáculo; en otras ocasiones emprendían viajes a poblaciones aledañas: a Puebla, a Cuernavaca, a cualquiera de las ciudades próximas. Pero, casi siempre acudían a Xochimilco, donde se conocieron e intimaron; el pueblecito floral era su meta... Solían yantar en el prado, acomodados a la sombra de un árbol corpulento, o en el interior de uno de los vistosos "cenadores" aislados entre la fronda... Las tardes transcurrían para ellos gratas en cualesquiera de los merenderos, solazándose con la música y el baile, entre el gentío, junto a una mesa cubierta de claveles rojos.

Y fué allí mismo donde, una noche de claro de luna, entre las sombras protectoras, el hecho de hierba húmeda se convirtió en tálamo nupcial de Hermilo y Dulcenombre, embriagados por los efluvios sensuales del ambiente y con el celestinaje de la Naturaleza, que amadrinaba aquellos amores tardíos, cuajados de la vehemencia de lo que se presiente próximo a terminar... Hermilo, enamorado como nunca, propuso a su compañera la formación de un hogar, la vida en común, el matrimonio... Ella no aceptó, en principio; era incapaz de engañar al hombre de quien sabía que era nobilísimo y que la adoraba; mas tampoco se negó rotundamente... "Espera —le decía—; es pronto aún; todavía sufro; todavía "recuerdo". . . ¿comprendes?; aunque soy tuya, falta "algo". Espera. Llegará ese día que ambicionas, Hermilo; no lo dudes. Espera..."

Así, fueron pasando las semanas, y los meses, y las estaciones. Hasta que, cierto día, al fin, Dulcenombre cedió a los insistentes propósitos de su amante.

—Cuando quieras nos unimos para siempre... Los viejos recuerdos que con tanto afán conservaba desaparecen, empujados por estos otros recuerdos nuevos que entre tú y yo vamos creando, y que son enteramente nuestros... Hay momentos en que me es difícil ya pensar en "aquello", sin que otra imagen, la tuya, no aparezca para soplar sobre las cenizas que me fueron tan queridas... Creo que seré feliz y que podré hacerte feliz; por lo tanto, puedes tomar las disposiciones que desees. Nos uniremos para no separarnos más...

Hermilo, enfebrecido de victoria, de alegría exuberante, se entregó a la rápida búsqueda de una casita simpática que fuere su nido futu-

ro... Dentro de pocos días, contraerían matrimonio legal; en la intimidad, con el mínimo de ceremonia posible.

Un domingo de junio, transcurrido un año desde su encuentro casual, acordaron celebrar en su Xochimilco una especie de reservada despedida de solteros. Por última vez el bosque de la pradera sería su alcoba y el verdor de la hierba, su lecho... En adelante, las exigencias del hogar les impedirían sus vacaciones dominicales. Tan sólo cuando la fantasía decidiese...

Pero aquella "despedida" tan esperada por ambos no llegó a celebrarse...

III

Aquel domingo, lleno de sol y de buenos auspicios, Hermilo, en el lugar acostumbrado, esperó inútilmente a su novia, a la que llamaba la "emancipada del dolor"... Cansado de aguardar, subió al departamento de ella. La criada, extrañadísima, le dijo que la señora había salido muy temprano.

—Creí que estaría con usted, como siempre...

—¿No dijo dónde iba?

—Naturalmente, señor... A Xochimilco.

Con el más profundo estupor, no exento de inquietud, el profesor alquiló un coche y dio orden al conductor de que lo llevara al "pueblito" arrabalero que había sido cuna y escenario de sus amores. Meditaba sobre la extraña conducta de la que iba a ser su mujer; en vano procuraba tranquilizarse, pensando en que aquella inopinada marcha de su amiga, sin esperarlo y sin dejar la menor nota tranquilizadora, podía ser una simple cabezonada, muy femenina y sin consecuencias... Pero el subconsciente, pesimista, le respondía que este acto insinuaba algún incomprensible ramalazo trágico... A pesar de su cambio radicalísimo desde que se conocieron y no obstante los rotundos juramentos y las firmes promesas, Dulcenombre dejaba, a veces, de comportarse como una mujer enteramente normal. En distintas ocasiones observó Hermilo que ella se abstraía, se reconcentraba en el ovillo de sus pensamientos, ausente de todo cuanto le rodeaba. En otros momentos, cuando respondía a una pregunta de él, lo hacía de manera desconcertada, como si su mente sufriera breves eclipses. "Ya pasará esto —pensaba el enamorado—; evidentemente, ella no es feliz aún;

pero su nuevo estado, sus responsabilidades de esposa, los cuidados del hogar y quizá la maternidad futura, más curándola; el tiempo y mi cariño acelerarían la convalecencia”.

Mientras el automóvil recorría con toda la rapidez posible la amplia calzada de Tlálpam, Hermilo se devanaba la imaginación en las conjeturas más disparas, y siempre venía a detenerse en la misma obsesionante pregunta: “¿Por qué?”, “¿por qué?”...

Llegado al pueblo, hizo parar el coche y penetró en los bares y restaurantes, hasta en las cantinas; recorrió los jardines, los embarcaderos, las paradas de tranvías y ómnibus; indagó en los hoteles, en el mercado Xóchitl, en los viveros de flores, en los almacenes... preguntó en el puesto de policía... Después continuó, a pie, hasta Nativitas, avizorando, impaciente, a uno y a otro lado de la carretera, Aquí, visitó, primero, los merenderos, llenos ya de público, a pesar de la hora temprana; interrogó a los camareeros que los conocían a ambos como asiduos concurrentes. Nadie había visto a la desaparecida. Igual respuesta le dieron los dueños de puestos de bebidas, los remeros de canoas y lanchitas, los vendedores ambulantes... Se lanzó a los prados, a los bosquetes, a los cenadores, a las chinampas, entró en la ermita, siguió toda la carretera de Milpa Alta, regresó por el atajo; rehizo varias veces el mismo recorrido y siempre con idéntico resultado.

—Tal vez— pensó, mientras descansaba un instante, agotado por la inútil búsqueda— ella había regresado a la casa y le esperaba allí...

Pero la respuesta a su llamada telefónica fue, asimismo, decepcionante: “No —le contestaron—; la señorita no ha vuelto a casa”.

Y, así, en angustiosas e inútiles pesquisas, transcurrió la jornada entera...

Al fin, un indicio... El conductor de una chalupa lo reconoció y pudo adivinar en el descompuesto rostro del infeliz el hosco batallar de su cerebro.

—¿Buscaba usted a la señorita, señor?

—¡Sí! ¿Sabes algo? ¿La has visto?

—La traje esta mañana, muy temprano, al “lago”... Allí se quedó... No he vuelto a verla...

Pero aquí se perdía la pista... Ya no pudo conseguir ni una sola noticia más... Desolado, veía Hermilo cómo el sol iba ocultán-

dose en el horizonte vivamente coloreado, y la noche avanzaba cautelosa, enemiga. No era posible aquello. Ella había venido a Xochimilco; no cabía duda, y la declaración del remero lo corroboraba. Seguramente, regresó a la capital más tarde, aunque no hubiera llegado a su casa. . .

A medida que pasaba el tiempo, su nerviosismo iba en aumento y no podía apartar de su magín el pensamiento de la horrible tragedia que barruntaba. En vísperas de su matrimonio, aquella mujer a quien él tanto ayudara a quitarse la venda de la mortificante ceguera del recuerdo obsesivo y a quien enseñó a encontrar un rumbo nuevo para su vida, proporcionándole un objetivo regenerador, había huido de él; se había apartado para siempre del sendero nuevo, ennoblecido por tantas esperanzas. . . Y recordaba a gentes conocidas que, en los momentos cruciales del vivir habían reaccionado de la forma menos común, como inexorablemente atraídos por el arcano fatal de una sima hacia la que les encaminaban voces de seres invisibles, inmateriales. . . Como aquel capitán Saint-Avit, de "La Atlántida", que desdeñaba los honores, las riquezas, la tranquilidad de su vida reconquistada, para volar a la muerte cierta en los tosigosos labios de la fascinadora Antinea. . .

Y, como una consecuencia de todo lo anterior, pensaba el desdichado que, desaparecida, boriada de su vida Dulcenombre, a la que debía las postreras ilusiones de su ocaso, ya no volvería más a florecer su corazón en ansias ilimitadas, ni los plateados hilos de su sien serían ya otra cosa que un romántico adorno, signo inevitable de la vejez incipiente. . .

Era como el navío que zozobra a la vista del puerto, por motivo de una pirueta amarga del Destino. . . "¿Por qué?" "¿Por qué?": era la letanía que sus labios balbuceaban, con insistencia. Y, a veces, como un atisbo de sollozo se le enredaba en la garganta y le hacía mascullar: "¡Dulcenombre mía! ¡La última mujer de mi vida!"

Al pasar por centésima vez cerca de uno de los puentes instalados sobre el "lago", oyó un rumor de muchedumbre que se desgajaba en comentarios. . . Ajeno a todo lo que no fueran sus adoloridos pensamientos, no dio importancia a aquel gentío aglomerado; pensó que se trataría de una de las tan frecuentes pendencias al final de un domingo generosamente "regado", algo que, ni de cerca ni de lejos pudiera interesarle.

Pero una frase escuchada al azar, le hizo estremecerse con un escalofrío de agonía:

—Es una mujer que acaban de sacar del “lago”...

Corrió desolada hacia el compacto grupo de curiosos. Ya no dudaba. ¡Ella! ¡Ella! Era ella quien había querido huir de la vida, arrojándose en las cenagosas aguas del manantial.

Acababan de retirar el cuerpo hinchado, monstruoso, espantosamente deforme de la ahogada... Empujando a unos y a otros, pudo contemplar la visión atroz... La reconoció inmediatamente, a pesar de los hierbajos, como algas verdosas, que cubrían el inflamado rostro y las ropas empapadas...

Unos gendarmes, del puesto inmediato mantenían a distancia a los papanatas, formando un círculo alrededor del cadáver de la suicida, en espera de que el juez, avisado telefónicamente, acudiera a hacerse cargo del cuerpo de la muerta.

Hermilo se lanzó hacia ella sin que los guardias lograsen contenerlo... Arrodillado junto a su amada, lloraba, reía, enloquecido positivamente con la eterna interrogación que mordía en su cerebro: “¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?”

Al fin, uno de los policías consiguió desasirlo del cuerpo al que mantenía abrazado; adivinando que se trataba de un familiar, preguntó:

—¿Era su esposa?

Apenas pudo responder:

—No; mi prometida...; íbamos a casarnos... el jueves. .

Cuando llegó el carruaje del juzgado, los actuales ordenaron el levantamiento y su transporte en la ambulancia. Penetraron en el “puesto” y Hermilo siguió instintivamente a las autoridades... En el bolso que ella apretaba contra su seno abotagado había varios documentos casi destruidos por el agua, y una carta dirigida a Hermilo Andrade. Se la entregaron, tras la consiguiente identificación.

La leyó con los ojos avahados por las lágrimas. Eran pocas líneas las que permanecían legibles aún entre el destrozo causado por la humedad:

“... y vi, Hermilo de mi alma, que ya no podía recordar más... me parecía ser otra distinta, muy inferior a la que era antes; esto no podía soportarlo... ¿qué hacer sin mis recuerdos?... me hallé vacía de todo, como sin nervios, como sin sangre... entonces, ¿para qué

vivir...? perdóname Hermilo; supe que ni tú ni yo seríamos felices... sin el placer de revivir aquel dolor tan mío, ni yo hubiera sido dichosa ni te habría podido dar a ti toda la felicidad que mereces... perdóname... perdóname..."

Leyó una y mil veces esas pocas palabras medio inconexas y desconcertantes y se fijaba en su mente la más doliente de todas aquellas frases enloquecidas: "quise morir aquí... donde te conocí y donde tú fuiste tan bueno... donde creía que podría darte esa embriaguez de dicha a la que tenías derecho... Hermilo de mi alma..."

Estrechó en su mano la misiva medio deshecha y, sin rumbo, sin brújula, caminó carretera adelante hacia ninguna parte... Iba el infeliz mascando sus sollozos incompletos, y en su pecho el corazón se debatía como pequeña fiera enjaulada... Así caminaba rápido, como si quisiera beber el viento húmedo de la noche; a veces aullaba, como aullan los lobos... No; de manera distinta:

Los lobos aullan cuando el hambre los destroza.

Los hombres aullan cuando les destroza el dolor...